

por toda Europa con estadías prolongadas en Barcelona y París; mantiene una amistad personal con el rey de Francia, Luis XI. Desde muy jóvenes, ambos están activos en la vida política de Berna y han sido alcaldes de la ciudad.

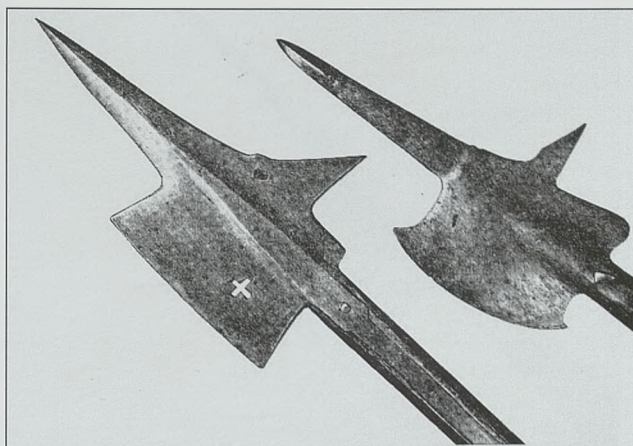
No hay un evento importante en la historia de Berna sin un Bubenberg en primera fila. Entre la burguesía y el patriciado la familia goza de un prestigio inigualable, pero su situación financiera es algo problemática. Como político, Bubenberg se preocupa por no ser involucrado en las luchas de poder e intrigas de los grandes magnates.

Diesbach es descendiente de una familia con menos resonancia pero grandes recursos económicos. De temperamento expansivo, Europa es su escenario y es en este contexto que busca un futuro para su ciudad natal y para sí mismo. Como político *de pura sangre* tiene grandes dotes de orador y de persuasión. Ya sea en el senado de Berna, en las asambleas de la *Tagsatzung* o en la corte de Francia, sabe hacerse respetar y ganar adeptos para sus ideas. Las ambiciones de Borgoña de detener el poder centroeuropeo son incompatibles con sus propias visiones. Desde muy temprano debe haber tomado en consideración una confrontación bélica.

7. Luis XI y la Antigua Confederación helvética

La relación de este rey de Francia con sus vecinos helvéticos es una historia de amor-odio. Los admira por su feroz e inquebrantable fuerza combativa y los menosprecia por sus instituciones gubernamentales. Para un monarca medieval no tienen noción de estado; no son más que una amalgama de artesanos, comerciantes, campesinos y linajes nobiliarios regionales, nadie con poder suficiente para hablar en primera persona del singular, pues para cualquier decisión política necesitan el consenso entre facciones divergentes.

Siendo aún delfín del trono de Francia, el Rey ha pasado por una mala experiencia con ellos de la que nunca se olvida. La ciudad de Zürich había concluido una alianza con la casa de Habsburgo y los demás Confederados se pusieron rápidamente de acuerdo para disolver por las armas el intolerable pacto con un enemigo tradicional.



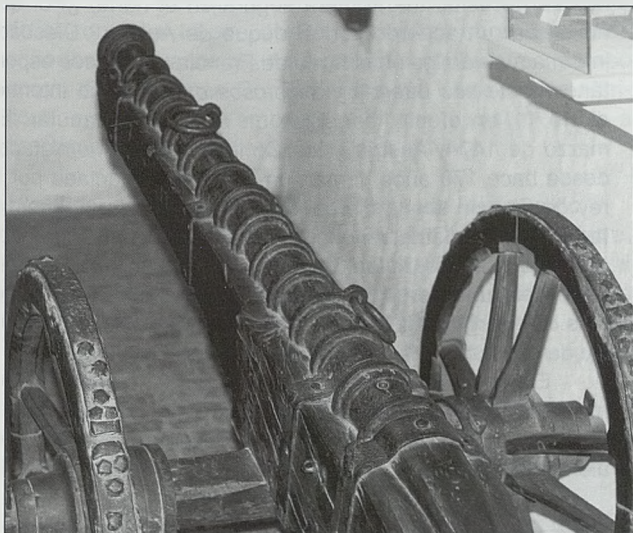
Albardas helvéticas del siglo XV (Museo Histórico de Zürich)

Ansiosos por vengar sus constantes pérdidas territoriales a manos a los Confederados, los Habsburgo logran convencer al rey de Francia, Carlos III, de socorrer a la ciudad de Zürich. Habiendo terminado la guerra de los 100 años con Inglaterra, le sobran tropas y bajo el mando de su hijo, el futuro Luis XI, manda en el verano 1444, un ejército de unos 40.000 hombres hacia Zürich.

En las afueras de Basilea que simpatiza con los Confederados el ejército francés es atacado inesperadamente por una avanzadilla helvética. Son parte de un destacamento de Berna bajo el mando de Heinrich von Bubenberg (padre de Adrián) que pone sitio inútilmente al castillo de Farnsburg a 20 Km de Basilea en el cual se había refugiado un importante partidario de Zürich. Bubenberg manda la mitad de su tropa en misión de reconocimiento hacia Basilea con órdenes de no cruzar el río Birs y de no entrar en combate, salvo que sea defensivo. En Liestal, unos 300 hombres de las posesiones de Basilea se unen a la tropa helvética. Juntos pasan una noche de juerga ante los muros de la pequeña ciudad haciendo tal ruido que algunos espías franceses escondidos en las viñas sospechan una fuerza más numerosa. Al amanecer, se ponen en marcha y, cerca del río Birs, derrotan con facilidad a una avanzadilla francesa, lo que genera ilusiones de victoria fácil. La tropa exige el ataque inmediato al campamento francés. ¡En su delirio se creen capaces de derrotar una fuerza treinta veces mayor! Inútilmente sus oficiales recuerdan las órdenes de Bubenberg. Disciplina y obediencia no son cualidades de los guerreros helvéticos de aquella época que, a menudo, mostraron un concepto de sí mismos muy exagerado y lo pagaron con sus vidas.

Combaten con gran fervor pero son obligados a replegarse en el asilo de leprosos de *St. Jakob* (Santiago) y después de largos y sangrientos combates son aniquilados mediante la artillería, que causa más bajas que las armas blancas. A la vista de las pérdidas que una avanzadilla sin caballería y sin armas de fuego le ha infligido, el príncipe prefiere no medirse con la fuerza principal de estos salvajes guerreros, renuncia a avanzar hacia Zürich y vuelve a Francia.

Las negociaciones de paz entre Zürich y los demás Confederados duran unos dos años pero finalmente la Anti-



Cañón de campaña forjado a mano (Museo de Murten)